

T ESTIMONIO

UNA VOZ DE SIMPLES CATOLICOS

Año IX Bogotá, D. E., Colombia, Octubre y noviembre de 1956 N° 69

Las ideas expuestas en los artículos de esta revista son de la exclusiva responsabilidad de sus autores, quienes las respaldan con sus firmas. **Testimonio** sólo asume la responsabilidad por el pensamiento expresado en la sección de **Posiciones**.

Como Movimiento, **Testimonio** se responsabiliza únicamente en aquello que es su misión esencial: la afirmación de los valores absolutos, religiosos, morales, sociales, políticos y familiares, etc. La acción concreta, tanto individual como social, de los miembros de **Testimonio**, se ejerce bajo la exclusiva responsabilidad de quienes la ejecutan. Nadie tiene derecho a comprometer al Movimiento en dichas acciones concretas, ni nadie tiene derecho a juzgarlo comprometido en las mismas.

de otro es un pueblo que quiere ser como Dios lo ha hecho y cumplir la misión que Dios, creador y mantenedor de toda vida, le ha confiado. El odio a Dios que, en sus comienzos parece no ser más que una teoría sociológica o económica o psicológica, llega inevitablemente a odiar la naturaleza y la verdad de los seres, porque la naturalidad y la verdad de los seres pregonan la grandeza, el poder y la bondad del Creador.

El marxismo ateo es "enemigo del género humano", afirma el Santo Padre. Es "enemigo del género humano" porque sabe que donde exista la libertad, siempre habrá hombres, aunque sean una minoría, que reconocerán que son criaturas de Dios, que de El dependen y que en El tienen su último fin, su perfección y su felicidad. Para impedir la manifestación de los creyentes, el marxismo ateo ha visto la necesidad y ha tomado la decisión de oprimir, y, donde la opresión no baste de exterminar a los pueblos. Lo muestra el aplastamiento al pueblo húngaro.

El Santo Padre ha declarado que los ojos se le llenan de lá-

Reflexiones Americanas

Por ALEJANDRO HERTZ

Ofrecemos a nuestros lectores el primero de dos ensayos del escritor polonés *Alejandro Hertz*, aparecidos en *Kultura*, revista que se edita en París como órgano de un importante movimiento adelantado por intelectuales poloneses en el exilio.

Debemos la traducción de estos artículos a la doctora EMILIA DE LISOCKI, quien, además, viene desde hace algún tiempo prestando una valiosa colaboración en la administración de *Testimonio*.

La extensión de este escrito puede aparecer, a primera vista, exagerada en relación con las proporciones de nuestra revista. Nuestros lectores, sin embargo, nos agradecerán su publicación, dada la importancia que tienen estas *reflexiones*, originadas en la observación de los ambientes norteamericanos, para quienes como nosotros estamos incluidos en la zona de influencia de los Estados Unidos.

La adecuación que existe entre la prosperidad de Norteamérica y el culto que allí mismo se le viene rindiendo a ciertas formas de libertad democrática, suele conducir a la creencia muy simplista de que esa prosperidad y estabilidad política se debe directamente al influjo de los ideales políticos que rigen la vida norteamericana. Como es bien sabido, esos mismos ideales aplicados más o menos bilateralmente a los pueblos latinoamericanos desde su independencia, no han probado la misma eficacia que en Norteamérica. *Alejandro Hertz*, pone de manifiesto algunas características demográficas y culturales que pueden explicar ese hecho y de las cuales se puede concluir que nuestros pueblos, estructurados demográficamente más de conformidad con la sociedad europea que con la norteamericana, no pueden ser sometidos, sin más ni más, a la imitación de determinados sistemas políticos por el hecho de que estén asociados a la vida de la más próspera y poderosa de las naciones modernas. (N. de la R.)

FALTAN APENAS algunos meses para el comienzo del décimosexto año del período americano de mi vida. Quince años son una parte considerable en la vida de un hombre. ¡Cuántas cosas han cambiado durante este tiempo tanto a mi alrededor como en mí mismo! ¡Qué años fueron estos!

Con frecuencia me he preguntado, en ¿qué grado estos años me han acercado a los Estados Unidos, a sus problemas, a su ci-

vilización y, especialmente a todo aquello que constituye el clima espiritual de América? ¿En qué grado este ambiente me es familiar y se ha convertido para mí en un elemento en el cual pueda sentirme "en mi propia casa"? Y cada vez encuentro que yo entendía mejor a América hace diez años; que a su ambiente tan especial yo estaba más unido en ese entonces que ahora.

Soy ciudadano de los Estados Unidos. De tiempo en tiempo, penetro a una pequeña cabina, bajo el telón y aprieto unos botones, frente a unos hombres que por lo general conozco muy poco. Estoy votando... Es este un derecho y un deber que me corresponden como ciudadano de esta gran república. No desprecio este derecho y trato de cumplir mi obligación honrada y conscientemente.

He llegado a dominar bien el inglés. A veces me es más fácil expresar mi pensamiento en esta lengua que en polonés. Con frecuencia me sorprende usando palabras o modismos ingleses (especialmente *consecutio temporum*, tan lógico en inglés y tan distinto del polonés).

Conozco bien la historia de Norteamérica y he aprendido a apasionarme por ella. Creo conocer el pasado de los Estados Unidos igual que muchos *college graduates* o quizá mejor que algunos de ellos. Conozco la literatura americana y me he enamorado de su folklor. Conozco obras de pensadores, publicistas y ensayistas americanos. No me son desconocidos su arte, su historia y sus tradiciones. En suma, mis conocimientos sobre América no son escasos.

Sin duda, en todo esto hay una gran dosis de *engagement* sentimental. Mi relación con Norteamérica no es ciertamente la de un frío espectador. Ante sus problemas reacciono emocionalmente; me duelen sus fracasos y me alegran sus éxitos. ¡No, ciertamente, no soy aquí un mero espectador frío e imparcial! ¡Y ya no pudiera serlo!

AUN NO HE DEJADO DE SER EUROPEO

Comprendo, sin embargo, que si tratase de hallar mi plena identificación espiritual, no sería yo americano. Lo siento hoy más agudamente que hace diez años, cuando todavía no era ciudadano de este país, y mi conocimiento de los asuntos america-

nos era más limitado y mi relación con ellos mucho menos íntima.

Cuando hablo de estas cuestiones con mis amigos europeos, establecidos como yo, desde hace años, en este país, casi siempre encuentro en ellos sentimientos y reacciones parecidas. Es claro que nos hallamos en el extranjero y que en ninguna parte dejaríamos de sentirnos poloneses, rusos, o alemanes. Sin embargo, no se trata de una asimilación total. Esta sería imposible. América, considerada imparcialmente, ofrece condiciones excepcionalmente favorables para quienquiera encontrar en ella un sitio en donde sentirse como en su casa y olvidar lo extraño de su ambiente. Este sitio, no obstante, no lo hemos podido hallar aún. De un lado, existimos "nosotros", y del otro los americanos. Difierimos mucho los unos de los otros. Nosotros —gente europea— podemos ser ciudadanos leales, podemos sentirnos vinculados a América, admirar la exuberancia de su vida, sin embargo, espiritualmente no logramos convertirnos en americanos; el clima cultural de América nos es extraño en lo más esencial de su contenido. Lo percibimos cada vez con más fuerza.

Creo que esta sensación de extrañeza que tanto yo como muchos de mis amigos europeos sentimos en relación con la civilización americana, obedece a causas muy profundas. Ella surge de las diferencias esenciales entre la civilización americana y las civilizaciones del Viejo Mundo. Estas diferencias, que constituyen hoy día un factor muy importante en las relaciones entre los Estados Unidos y el resto del mundo, se hallan también reflejadas en mis propios sentimientos hacia América.

Después de quince años de vida americana aun no he dejado de ser europeo. Esto es un hecho. No he dejado de serlo, por cuanto soy el producto de una determinada civilización, de una bien definida formación cultural y de determinados sistemas educativos. Cuando, hace quince años, bajé del barco, en el puerto de Nueva York, era ya demasiado tarde para que en mí se pudiera operar una completa transformación. Esta es posible en la temprana juventud. Los hijos de mis amigos son americanos; sus padres no.

El proceso de asimilación de una nueva cultura, de un ambiente nuevo, y de una nueva estructuración de la vida, es siempre y en todas partes muy difícil. Lo saben los emigrantes, como lo sa-

be también cada país que se abre para recibirlos. El proceso de asimilación es lento y no siempre llega a concluirse ni siquiera en la segunda generación. Conocemos muy bien la historia de los conflictos y penalidades de esas masas humanas que, durante todo un siglo, de todas partes del mundo aflúan a los Estados Unidos. Sin embargo, en su gran mayoría esas masas asimilaron relativamente pronto ciertas formas generales y esenciales del estilo de la vida americana y, desde ese momento, comenzaron el proceso de su americanización. Más aún, ellas mismas se esforzaban por percibir esas formas esenciales, las aprobaban y recibían con gusto.

Ciertamente había dificultades. El tradicional molde de vida traído por los emigrantes de sus patrias de origen, no se sometía tan pronto a las exigencias de la vida americana. Se presentaban conflictos, había tragedias familiares, hondos y dolorosos problemas individuales y colectivos. Pero la asimilación proseguía. Lo extraño de la civilización americana, aunque no siempre comprendido en su esencia, terminaba por desaparecer.

EL INTELLECTUAL, UN NUEVO TIPO DE INMIGRANTE

Pero los últimos veinte años trajeron a América un nuevo tipo de emigrantes, hasta entonces desconocido. Llegaron a los Estados Unidos los *intelectuales*, hombres cultos que formaban parte de la élite intelectual, social y política de sus países, y eran completamente diferentes de aquellas masas que, desde hace un siglo, navegaban hacia los puertos de los Estados Unidos.

Este nuevo tipo de inmigración pudo más fácilmente que los anteriores amoldarse exteriormente al estilo de vida americana. Les era más fácil aprender el idioma, si es que desde antes no lo conocían. Se componían de gentes venidas de ciudades, a las que, por tanto, no les era difícil aceptar las condiciones de vida de las ciudades americanas. Los avances técnicos de éstas no se les presentaban como un milagro temible y enigmático, pues la mayoría de sus experiencias les eran ya conocidas en los países del Viejo Mundo. Les era fácil conocer el sistema político de los Estados Unidos, su historia, literatura, arte, y su organización económica y política. No tenían necesidad de efectuar ese salto enorme desde la primitiva vereda ucraniana o siciliana hasta las calles de Nueva York o de Chicago; salto que tuvieron que hacer las antiguas emigraciones. Pero, por otra parte, es a esta nueva in-

migración a la que precisamente se le presentan con más evidente claridad estas dificultades de orden moral, que experimento yo y que comparten mis amigos europeos. Para el intelectual europeo su identificación con la cultura americana le es extremadamente difícil. El proceso de americanización no se produce, o se opera muy lenta, parcial y fragmentariamente, acompañado de fuertes conflictos interiores. Este intelectual, no importa el tiempo que haya de vivir en Estados Unidos, casi sin excepción, no deja de ser europeo hasta el fin de su vida.

Así lo sienten también los americanos de origen; y aquél ve en éstos a personas que representan un tipo psicológico diferente, otra mentalidad.

El intelectual europeo puede sentir un sincero apego a Norteamérica, puede ahondar sus raíces en ella, ¿pero se sentirá por ello americano? La inmensa mayoría nunca lo será.

Este análisis de mi experiencia personal y de muchos de mis amigos, en relación con la americanización espiritual, me servirá como punto de partida para otras consideraciones de carácter más general, acerca de las diferencias fundamentales entre la civilización americana y la del Viejo Mundo. Estas diferencias, con ser tan grandes y profundas, no son, con frecuencia, suficientemente percibidas y apreciadas. Sin entenderlas es difícil, sin embargo, captar el sentido del sentimiento antieuropeo que a menudo encontramos en Estados Unidos.

ENCUENTRO DE DOS CULTURAS

No hay duda que a los Estados Unidos les resultó ese primer ensayo en la historia moderna, de crear una civilización popular y hasta plebeya. Ensayo mejor logrado que las análogas tentativas de la Rusia Soviética y de los países de las llamadas democracias populares. En todo caso, creo que la civilización americana es, en todo sentido, mucho más popular que la de aquellas naciones.

¿Popular o acaso plebeya? Al concepto de pueblo se une la imagen de una vida social estabilizada, de una cultura fuertemente afianzada en el tradicional sistema de valores. El pueblo está vinculado a la tierra, es tradicionalista, conservador, casi inmóvil. La *plebe*, en cambio, es un pueblo en el que todos estos valores han sido quebrantados. Es un pueblo arrojado del tradicional camino de su existencia. Cuando este salto llega hasta la anar-

quía, la plebe se convierte en *chusma*. Pero la plebe puede, a su vez, transformarse de otro modo, puede crear para sí formas nuevas y duraderas, convirtiéndose nuevamente en pueblo, aunque adopte otros sistemas de vida diferentes al de sus primitivas regiones. Creo que es precisamente esto lo que aconteció en los Estados Unidos. La civilización americana de plebeya se convierte en popular, aunque conservando siempre ciertos rasgos plebeyos.

Las civilizaciones europeas, de las cuales descendemos los intelectuales, no eran populares. Tampoco eran populares las civilizaciones asiáticas, que dieron origen a los intelectuales orientales.

Se puede discutir la justificación del empleo de la palabra feudalismo, pero es un término que resulta cómodo para señalar esas estructuras políticas, sociales y culturales, que durante miles de años imperaron en el Viejo Mundo, o sea, en la Europa Occidental y Oriental, en la China, en el Japón, en la India y hasta en las civilizaciones africanas. Este orden fue implantado aún en la América Latina. Se caracterizaba por la división de toda la colectividad humana en clases jerárquicamente ordenadas, dependientes entre sí legal y económicamente, cada una con funciones definidas y con un determinado puesto en la vida de la comunidad. El hombre nacía dentro de su clase y generalmente permanecía en ella durante toda su vida. Por el hecho de nacer dentro de ella, el hombre ocupaba un puesto determinado en la vida de la colectividad, desempeñaba una tarea y un papel bien definidos. La comunidad esperaba de él el cumplimiento de la tarea y del papel que le habían sido asignados.

En mi concepto, el sistema podía resultar legal y económicamente complicado; y, ciertamente, estuvo sujeto durante toda su historia a profundas transformaciones. Sin embargo, en su organización social y cultural existían dos básicas agrupaciones o clases: la clase alta y la clase baja —el pueblo—. La una difería profundamente de la otra: diferentes eran su posición en la jerarquía social, su función social, distinto su papel económico y muy hondas sus diferencias culturales.

A cada lado de este sistema existían dos distintas culturas: la de las clases altas, que en la práctica venía a ser considerada como la cultura oficial nacional, y la de las clases bajas —cultura popular—. La primera era investigada por la historia; historia

de la literatura, del arte, de las costumbres, etc.; la segunda era el campo de interés folklórico y etnográfico, si bien el interés científico por este campo fue más reciente. Hasta el siglo XIX, sólo la primera de estas dos culturas se consideraba digna de interés. Solamente ella caracterizaba a la nación, a su civilización y a su puesto en la familia de las naciones del mundo.

Ambas culturas diferían aún en el idioma. El idioma de la clase alta era el idioma literario, la lengua del colegio. Lo hablaba la gente culta, la que pertenecía a la *élite*. La lengua de las clases bajas era el idioma popular: argot y dialecto; el que hablaba la gente sin instrucción y sin educación. Estas diferencias en el idioma constituían un elemento muy importante, básico muchas veces para las apreciaciones sociales; constituía una medida para la clasificación del individuo. Acordémonos de "Pygmalion". *Show* simplificó el problema, pero su apreciación en general era correcta. Para pertenecer a las clases altas había que hablar su idioma, el cual era considerado como propio.

Todo esto no significaba que las dos culturas no se influyeran mutuamente. La recíproca influencia era constante y a veces muy fuerte. Sobre todo la cultura de las clases altas ejercía una gran influencia sobre la de las clases populares. Muchos de los valores que entraron a formar parte del folklor eran originariamente tomados por el pueblo de las clases altas. Los trajes típicos de la región de *Lowicz* (¡qué largo camino hicieron los uniformes de la Guardia Papal, diseñados en los tiempos del Renacimiento, antes de llegar a las casuchas de *Lowicz*!) y de los montañeses de *Tatra* (aquí el camino fue más corto que los uniformes de la caballería húngara) pueden servir de típicos ejemplos. La gran mayoría de los mitos, los que, según *Zeromski*, eran como "suspiros de la humanidad", fueron producto de la cultura de las cortes y sólo con el tiempo llegaron hasta el pueblo.

Es claro que todas estas tramas y motivos culturales de las clases altas sufrían transformaciones al ser asimilados por el pueblo. El genio de las culturas populares se expresaba en el arte de asimilar, transformar y preparar para su propio uso las cosas que —frecuentemente con fines enteramente opuestos— fueron creadas por las clases superiores. La influencia existía y era poderosa y múltiple.

Esta influencia era más fuerte de arriba hacia abajo que de abajo hacia arriba. La asimilación consciente y planificada por las clases superiores de los motivos populares, es un fenómeno de los últimos tiempos. El arte basado en los motivos folklóricos de la región de *Zaklpane*, y muchos otros ejemplos parecidos, ¿no eran acaso más bien una imposición al pueblo de las formas estéticas propias de las clases altas, que el tomar del pueblo sus valores para el uso de éstas?

En cada folklor se puede observar el movimiento continuado de los modismos de las clases superiores. Esto es más visible en los folklores contemporáneos, debido a que la gran revolución industrial crea nuevos, innumerables y excepcionalmente poderosos medios de influencia cultural. En general, se puede decir que el pueblo, al ser influenciado por las clases superiores, recoge de ellas todo aquello que ha dejado de serles novedoso. Se ve esto muy claramente en las cosas de moda, en el vestuario y en otros detalles del mismo estilo.

En las viviendas obreras de Varsovia de antes de la guerra, los muebles de la época de *secesión* se consideraban como los más atractivos. Las fábricas de muebles de los Estados Unidos producen en serie y los *Department Stores* venden en masa los muebles victorianos. En sus apreciaciones estéticas el pueblo se halla retrasado por lo menos en una generación y, a veces, en varias, en comparación con la *élite* cultural de las clases superiores.

Esto viene a constituir el motivo del *socrealismo* (1). Este, en el fondo, no es sino el retorno a aquellos gustos que regían hace unos lustros. Y es muy probable que la masa de consumidores acepte y aprecie estas creaciones *socrealistas*, igual que en América aprueba y aprecia ese equivalente del *socrealismo* que se expresa en los terribles muebles victorianos, en la pintura comercial, en los *best-sellers*, en las revistas *Reader's Digest's*, en la televisión y en *Hollywood*.

La diferencia (y diferencia no insignificante) consiste en el hecho de que en América ese *socrealismo* no es una norma obligatoria, ni constituye un molde estético impuesto a todos. Ninguna ley manda al escritor que produzca los *best-sellers*; puede

(1) Neologismo empleado para significar la tendencia a someter toda expresión artística, tanto en la forma como en su contenido, a normas de utilidad social. (Nota del Traductor.)

no producirlos. A lo sumo no encontrará editor, o si logra la edición de su libro, sufrirá un fracaso económico. Pero esto tampoco es fijo. A pesar de todo, las leyes de la oferta y la demanda, reinantes en América, son mucho menos inflexibles y dejan bastantes mayores posibilidades para el verdadero talento, que las inmisericordes leyes del país policiaco que por medio de su *socrealismo* destruyen toda la creación cultural. En América siempre existe campo para la coexistencia del *socrealismo* popular con el genio creador verdadero. Este genio creador logra a veces hasta imponer su voluntad a la producción en serie, como también asegurar las posibilidades de un creciente desarrollo.

Esta división en dos clases culturales y en dos culturas, la cultura del aristócrata y la del plebeyo, ha perdurado en el Viejo Mundo hasta nuestros días, habiendo sido excepcionalmente marcada en toda Europa hasta hace pocos lustros. Hoy día se mantiene plenamente en Asia y en África, y existe en América Latina. Sin embargo, las grandes revoluciones industriales y políticas, el progreso de la educación pública y de las instituciones democráticas, al producir la nivelación de la vida, quebraron las bases mismas del sistema de las dos culturas. La tradicional cultura de las clases populares dejó de ser considerada por las masas como algo viviente y de valor. Hoy día, aquella cultura es una mera exposición de museo y materia de estudio de la etnografía y del folklor. El pueblo se apropió la cultura de las antiguas clases superiores, adaptándola a sus necesidades y haciendo de ella un producto en masa. De este modo, la cultura del Viejo Mundo empezó a aplebeyarse.

Sin embargo, sus bases están constituidas todavía por las tradiciones culturales de las antiguas clases superiores. No podía ser de otro modo. Estas tradiciones deciden sobre la continuidad histórica de las naciones. De ellas provienen y en ellas se basan nuestros sistemas educativos, nuestros ideales y nuestras filosofías. En Rusia Soviética, después de la revolución, *Lunaczarski* y sus copartidarios trataron de crear la cultura proletaria. Pero el "proletcult" resultó estéril y pronto fue derrumbado. En realidad, toda esa filosofía fue una creación intelectual por excelencia. Lo mismo pasó con otras tentativas de crear nuevos sistemas culturales sobre bases populares o pseudo-populares. Algunas, co-

mo las tentativas del hitlerismo, eran todavía más caricaturales que el "proletcult" de Lunaczarski.

La cultura que formó al intelectual europeo (asiático o suramericano) es la que hemos heredado del mundo feudal. Podemos ser sinceros demócratas, podemos tener fe en el pueblo y en sus fuerzas creadoras, pero no por eso dejaremos de ser hijos de esta cultura aristócrata de *élite*. Pues en su suelo surgió y se desarrolló el ideal y la filosofía de la democracia —esta esperanza de la humanidad. La filosofía estoica, el cristianismo (los Padres de la Iglesia eran intelectuales e hijos de la cultura de *élite* de su tiempo), el renacimiento, el racionalismo inglés y francés, el socialismo del siglo XIX — todo esto no provenía del pueblo y de su cultura, sino de las clases superiores.

Dicha cultura nos legó ciertos hábitos mentales, bases morales y un sistema de valores y métodos de acción. A ella debemos nuestras apreciaciones morales y estéticas, nuestra vinculación al bien y a la verdad, y también a la belleza. Con este bagaje algunos de nosotros, por designio de la Providencia, fuimos lanzados hacia América. En ella nos encontramos frente a una cultura que iba por otros caminos; cultura apasionante y llena de promesas, pero diferente. Aunque la admiramos, ya no podemos encontrar nuestro sitio en ella. Tratándose de intelectuales de la vieja generación, como nosotros, ya es demasiado tarde para lograrlo. Esta es la razón por la cual a esta cultura la percibimos como extraña.

INFLUJO EUROPEO EN EL PERIODO COLONIAL AMERICANO

Claro está que la cultura americana hunde sus raíces en las grandes culturas de la vieja Europa. Existe una continuidad espiritual entre los Estados Unidos e Inglaterra. Común es el idioma (aunque los ingleses tienen sus dudas), y común les era el comienzo de la historia colonial de América. El sistema jurídico americano proviene de leyes anglosajonas. Los creadores de los Estados Unidos —*Washington, Jefferson, Hamilton, Adams y Madison*— eran magníficos representantes de la cultura inglesa de las clases altas de esa época. La Declaración de Independencia de los Estados Unidos y el *Bill of Rights* son frutos del racionalismo del siglo XVIII. También en tiempos posteriores la influencia de Europa sobre el clima cultural de América fue extensa y múltiple.

Más fuerte, sin duda, que la influencia americana sobre Europa antes de la primera guerra mundial, para no hablar de los tiempos actuales.

Pero no es esta influencia europea la que constituye la esencia de la civilización americana y de la vida cultural de los Estados Unidos. Lo esencial de ésta se ha desarrollado a base del propio esfuerzo y debe su fisonomía al suelo americano.

Los Estados Unidos en su desenvolvimiento histórico no pasaron por la etapa que en la historia de otros continentes y naciones se puede definir como feudalismo. En los Estados Unidos nunca pudo desarrollarse el sistema social basado en la jerarquía de las capas sociales cuya organización jurídica, sociológica y cultural era independiente de su situación económica. Aquí, en cambio, todas las capas sociales que surgían se basaban en la situación económica del individuo. Si existían algunas otras diferenciaciones eran, en la práctica, algo secundario y dependiente del factor económico dominante en ese momento.

Esto no significa que en la historia de los Estados Unidos no hayan existido tendencias a crear una jerarquía social basada sobre algo distinto de las diferencias económicas. Hubo ciertamente otras tendencias, pero no lograron perdurar ni desarrollarse.

Estas tendencias existían en Norteamérica desde la época colonial, como resultado de su dependencia de la Inglaterra del siglo XVII. Entre los ingleses que, como colonizadores afluían a América, había también representantes del mundo feudal. Las primeras colonias surgieron como donaciones reales a las ricas familias de la aristocracia. A los lores *Baltimore* y *De La Warr* deben su nombre una gran ciudad y uno de los estados americanos... *Pennsylvania* surgió de la donación real que recibieron *Penn* y su familia. *Virginia* fue, en primer término, colonizada por la rancia nobleza de Inglaterra. No fue en chozas de servidumbre inglesa donde nacieron *Washington, Madison, Jefferson* y muchos otros Padres de la República. Durante la época de la guerra de Independencia existía un gran número de gentes que se podían calificar de aristocracia. Análogamente, en las ciudades de la costa oriental residía por ese tiempo una patricia burguesa comercial, proveniente también de Inglaterra y llena de aristocrático orgullo. Restos de esta clase social se pueden observar aún hoy día en Nueva Inglaterra, especialmente en Boston.

Esta gente guardaba estrechas relaciones no sólo con Inglaterra, sino también con Francia, manteniendo con ellas especialmente vínculos culturales. A los jóvenes se les enviaba a los colegios de Inglaterra. Todas las novedades literarias de Londres y París eran encaminadas hacia las bibliotecas particulares de Boston, Philadelphia y de las plantaciones de Virginia. *Jefferson* era un europeo por antonomasia; poesía una profunda ciencia humanística, dominaba varios idiomas, en París se acomodaba perfectamente.

LA REVOLUCION DE INDEPENDENCIA Y LAS AVANZADAS FRONTERIZAS

La revolución de Independencia al vencer el sistema colonial, debilitó considerablemente estos vínculos con Europa, dándole con ello un fuerte golpe a la aristocracia americana. Dicha revolución no fue exclusivamente una lucha por la independencia, sino que fue además una guerra civil. Una gran mayoría de los colonizadores estaba colocada del lado del rey y se oponía a la separación de Inglaterra. Las divisiones que Inglaterra utilizaba contra *Washington* no se componían exclusivamente de los mercaderes de Hessen. A las órdenes del rey combatían también colonizadores adversarios de la separación. Se estima en cien mil la cifra de los que al final de la guerra tuvieron que salir de los Estados Unidos por guardar su fidelidad al rey; en su mayoría constituídos por gentes cuya situación social y cultural estaba fuertemente vinculada con el alto mundo anglosajón.

En todo el curso de la revolución, Norteamérica fue al mismo tiempo, el escenario de una fuerte lucha de clases. El partido revolucionario no era homogéneo. Se componía, de un lado, de aquella parte de aristocracia y de plutocracia que era partidaria de la separación, y del otro, de la radical y plebeya masa de las avanzadas de tierras fronterizas. El hecho de que entre sus jefes se encontraran hombres como *Thomas Jefferson*, no tenía para el caso importancia. Las revoluciones populares frecuentemente no tienen dirigentes populares sino aristócratas. La lucha entre estas dos corrientes había sido paralela a la lucha contra el rey y duró más tiempo que la revolución misma. Se terminó en realidad mediante la victoria electoral de *Andrew Jackson*, cuando las avanzadas fronterizas finalmente triunfaron sobre la aristocracia de la costa.

No es este el lugar para un detenido análisis sobre el papel desempeñado por aquellas avanzadas. *Turner* y sus seguidores vieron en ellas un factor decisivo para toda la historia de los Estados Unidos. Los historiadores contemporáneos no van tan lejos, pero tampoco les cabe la menor duda acerca del colosal papel que jugaron las avanzadas en la historia de los Estados Unidos y de la profunda influencia que ellas tuvieron sobre la formación de los más importantes rasgos de la vida americana.

También los países europeos tenían sus avanzadas fronterizas. Las marcas alemanas y las regiones fronterizas de Polonia pueden servir de ejemplos. Sin embargo, el papel de las avanzadas europeas fue más bien episódico, sin duda muy importante, pero no decisivo en el desarrollo de esos países. Esas regiones reflejaban más bien los acontecimientos del centro del país, sin llegar a ser los motores esenciales de sus transformaciones históricas o culturales.

De modo diferente acontecía en los Estados Unidos. Históricamente considerados, los Estados Unidos, en su casi totalidad, con excepción de un pedazo de la costa oriental, fueron durante un período de tiempo avanzadas fronterizas. Las avanzadas se movían hacia el Occidente, en dirección del Pacífico, transformando a su paso el país, imprimiéndole su carácter específico y ejerciendo, al mismo tiempo, un constante influjo sobre todas aquellas regiones que ya habían dejado de ser fronterizas.

Solamente allí pudo surgir, perdurar y desarrollarse la civilización que llamaremos *plebeya*. Las avanzadas estaban en constante estado de fluidez topográfica y social. No había en ellas campo para la creación de rígidas formas sociales, ni para la formación de capas sociales cuya clasificación se funde en el hecho de haber surgido en determinado grupo social, sobre los privilegios de familia o sobre la instrucción recibida. Las avanzadas eran extraordinariamente dinámicas. Todo en ellas estaba en constante movimiento, todo se transformaba permanentemente; no había espacio para que sus raíces ahondaran de manera estable, ni para la creación de más perdurables y más claramente delineadas formas sociales.

Allí el hombre físicamente débil estaba condenado a desaparecer. El hombre de gustos refinados e inclinaciones aristocráticas no tenía nada que hacer. Este era campo para hombres enérgicos.

cos, brutales, que no tenían en cuenta a nada ni a nadie, listos para emprender cualquier esfuerzo y aceptar cualquier dificultad! ¡Aceptarla, para vencerla, o morir! Sólo quien sabía defenderse y quien tenía éxito en la lucha, conquistaba la estimación de sus compañeros.

Astucia y manos fuertes era lo que allí se necesitaba. La ciencia, la instrucción recibidas en el colegio no se apreciaban o, lo que es peor, eran tenidas como un obstáculo. Cuando las condiciones de vida comenzaron a estabilizarse, los hombres con instrucción empezaron a afluir a las tierras fronterizas. Se necesitaban juristas, médicos, maestros y sacerdotes. No se exigía mucho de ellos. El abogado tenía que saber redactar un contrato, el maestro tenía que enseñar a leer, a escribir y, ante todo, a contar. Como sacerdote, servía mejor un predicador metodista o baptista que supiera hablar el idioma de sus parroquianos. A los sacerdotes episcopales no se les miraba con buenos ojos.

En estas tierras se desarrolló la fe en la manera práctica de resolver los problemas y el desprecio por todo lo teórico e intelectual. El pragmatismo americano —del que hablaremos en otra parte— era hijo del ambiente de las avanzadas. Sólo éstas pudieron crear las condiciones propicias para hacer del "Hombre de Éxito" un héroe, principal mito de Norteamérica.

Sin las avanzadas, nada de esto que llamamos americanismo hubiera existido. Gente sencilla, gente de pueblo, mezclada, en constante movimiento y en lucha constante, salida de sus tradicionales caminos para ir a caza de bienes materiales, empezó la creación de una nueva civilización. Plebeyos como eran, crearon una civilización *plebeya*.

Su gran victoria fue la guerra civil. Esta guerra puso prácticamente fin a cualquier posibilidad de conservación del feudalismo en los Estados Unidos. La fuerza dirigida contra Sur no procedía tanto del Norte como de las avanzadas. No es una casualidad que Lincoln fuera hijo de éstas. Sólo un hombre fronterizo podía haber llevado a cabo esta lucha.

Si se puede hablar de un feudalismo americano de aquel entonces, es sólo respecto al Sur anterior a la guerra civil. Allí, sobre el sistema económico de las grandes plantaciones surgieron formas de vida no extrañas al europeo. Existían, sobre todo, rígidas capas sociales; había hombres libres y esclavos negros. La si-

tuación de estos últimos no difería mucho de la suerte o del infortunio de los campesinos *glebae adscriptus* del siglo XVIII, de muchos países europeos. El esclavo era por definición la fuerza de trabajo; era también *glebae adscriptus* y constituía objeto de comercio. Sus obligaciones y funciones estaban bien definidas en el hecho de pertenecer al dueño. El mundo de los blancos no era homogéneo: había en él caballeros y también populacho blanco (*white trash*). No eran solamente las diferencias económicas las que distinguían a unos de los otros. Se podía ser pobre, siendo, sin embargo, caballero. El hombre *nacía* caballero si era de familia "bien"; se *convertía* en caballero mediante instrucción adecuada y un modo de vida propio del caballero. El hecho de que el mundo de los caballeros surgiera de las plantaciones, tenía una importancia similar a la de los intelectuales en Europa Oriental (particularmente en Polonia) que procedían de las haciendas de la nobleza.

El caballero estaba obligado a vivir como era propio de un caballero. Este modo de vivir no difería de aquel del noble polonés o de cualquier otro hacendado de Europa o de Asia. Las plantaciones eran un oficio digno de un caballero del Sur, así como lo era la agricultura para un noble polonés. La ciudad proveía de distracciones, necesarias para fines políticos y comerciales; pero las ocupaciones urbanas no se conformaban al molde del *gentleman*, sobre todo, si exigían trabajo físico. Finalmente, el caballero gustaba de los libros y del arte. En las plantaciones del Sur no eran escasas las colecciones de libros y de obras de arte, escogidas con perfecto conocimiento.

El Sur trataba también de mantener ciertas vinculaciones con Europa y, en primer término, con Inglaterra. No sólo por motivos económicos la opinión pública inglesa y francesa, y aún parte de la opinión liberal, estaban, en los tiempos de la guerra civil, de parte de los sureños. El europeo, aún condenando la esclavitud, se sentía más allegado al caballero plantador que al ordinario *yankee* del Norte. Algo de la vieja Europa encontró su sitio en el Sur de los Estados Unidos.

La guerra civil puso fin a este estado de cosas. La que sufrió la derrota fue toda una específica civilización. Junto con la liquidación de la esclavitud —cosa justa, necesaria e inevitable!— el caballero perdió las bases de su existencia y pronto desapareció

del escenario americano. Desaparecieron sus residencias, su refinamiento y el derecho a una vida sin preocupaciones. El plantador, para poder seguir existiendo, tuvo que convertirse en *farmer* y comerciante. Para el gentleman del antiguo estilo ya no había sitio en los Estados Unidos después de la guerra civil. Ciertamente, que el Sur, aún hoy día conserva su carácter diferente; cierto, pero estas son sólo formas anticuadas y, a veces, degeneradas.

La guerra civil liquidó en los Estados Unidos las últimas posibilidades de perduración de las formas y esencias feudales. A la expansión de la nueva civilización popular se abrieron las puertas de todo el territorio de la Unión. Esta civilización no conoció, desde entonces, ningún límite territorial. Pudo expansionarse libremente, mostrando en su desarrollo un dinamismo sorprendente.

ORIGEN PLEBEYO DE LA CIVILIZACIÓN AMERICANA

Desde la Revolución y desde la guerra civil, los valores creados por las *avanzadas fronterizas* se convirtieron en la fuerza que ha venido formando la civilización americana. Esta fuerza encuentra su expresión, ante todo, en esta gran revolución económica que se observa en Norteamérica. Sus grandes jefes —los *Astors*, los *Vanderbilt*, *Harriman*, *Frick*, *Morgan* y los *Rockefeller*— por el modo de manejar los negocios han sido los herederos de la ideología de las *avanzadas*. En la bolsa, en la industria, en las construcciones férreas, aplican los mismos métodos que los *piñeros* de las *avanzadas* empleaban contra la naturaleza, que no tomaban en cuenta a nada ni nadie y que utilizaban el engaño y la fuerza. El fin lo constituían el éxito, el poder económico y la construcción de grandes imperios financieros e industriales. Cuando a *Morgan* le llamaron la atención acerca de una de sus manobras que iba en perjuicio de la comunidad, el gran potentado contestó: "Al diablo con la comunidad" (*Public be damned*).

Estos potentados habían sido unos *plebeyos* y *parvenus*. Todos nacieron en medios ambientes muy modestos. Con pocas excepciones, habían sido hombres sin instrucción. Su interés cultural era escaso. Es cierto que todos ellos después de algún tiempo de actividad empezaban a coleccionar obras de arte, a dar grandísimas sumas para diversas fundaciones, a edificar bibliotecas, mu-

seos y universidades; pero casi ninguno de ellos —*Morgan* y, en cierto modo, *Carnegie*, constituyen las únicas excepciones dignas de interés— mostraban aprecio verdadero por estas cuestiones. Unas veces obraban movidos por snobismo (principalmente de las esposas); más a menudo se trataba de aminorar los impuestos; consideración ésta muy importante en los tiempos subsiguientes, cuando la reglamentación fiscal empezó a luchar contra la acumulación de las grandes fortunas. Valía la pena de donar grandes sumas para obras benéficas, con el fin de disminuir los ingresos personales y por este medio rebajar los impuestos, pues los bienes de las fundaciones estaban exentos de ellos.

Estos hombres —tanto para lo bueno como para lo malo— constituían el ejemplar modo de obrar para millones de compatriotas. Quizá en ningún otro país del mundo el mito del potentado financiero, del héroe del negocio, arraigó tan fuertemente como en los Estados Unidos. Este es probablemente el único país del mundo donde el gran *businessman* constituye el ídolo de las masas, el ideal y el ejemplo a que se debe aspirar. En la jerarquía de valores americanos el *businessman* ocupó el sitio predominante. Y así ha quedado aún en los tiempos actuales. Parafraseando un conocido dicho polonés, "un sargento de la Primera Brigada lo sabe todo", se puede decir que en Norteamérica predomina la siguiente filosofía: "el hombre que tenga éxito en los negocios sabrá lograrlo todo en todos los campos." Esta idea no era sin duda extraña al Presidente *Eisenhower* en el momento de formar su gabinete. Igual cosa sucede hoy, después de cerca de treinta años transcurridos desde la gran depresión del año 1929, cuando pareció que el gran prestigio del *businessman* tambaleaba desde sus cimientos.

En la Europa aristocrática, como en Asia, el tradicional ejemplo para las masas era el salido de las aristocráticas clases altas. El aristócrata era el héroe o ídolo social, eventualmente el caballero de armas. Más tarde, este puesto comenzó a ocuparlo el hombre instruido, escritor, hombre de ciencia, artista o ingeniero. La cuna y la instrucción aventajaban a la actividad económica y al éxito personal medidos por la suma de los ingresos. Este era el ideal, al cual se sumaban, en múltiples combinaciones, la buena sangre, la caballerosidad, el derecho a la libre disposición de su tiempo y el genio creador. Tal era el ideal aristocrático. En la

América popular, en cambio, al puesto de ídolo ascendía el hombre común, a través del éxito en los negocios, sin importarle los métodos que empleaba para lograrlo. Era este el *ideal plebeyo*.

En una tal civilización pudo encontrar su sitio la masa de millones de emigrantes del Viejo Mundo. Estas masas eran plebeyas. Salvo pocas excepciones, la gente bien y los hombres cultos no emigraban a América. Tampoco emigraban aquellos cuya posición en el Viejo Mundo era estable y les permitía sentirse seguros permaneciendo en su sitio. No emigraba la gente rica, que tenía una ocupación fija, y se hallaba, por este u otro medio, fuertemente vinculada con su ambiente. Emigraba el campesino pobre que se moría de hambre en su país, para quien el emigrar constituía el único chance de su vida. En los Estados Unidos existían relativamente pocos italianos de Lombardía o Toscana, pero hay millones de italianos del sur de Italia, principalmente de Sicilia. El campesino polonés que emigraba procedía también de las regiones más pobres. Aún los irlandeses, en cuyo país reina la pobreza, generalmente venían de las más pobres regiones de la Isla Verde. El Condado de Cork tiene en América su más importante representación.

En sus propios países, estos emigrantes constituían un elemento marginizado, el más primitivo, el más sufrido. Como analistas que eran, sus vinculaciones con la cultura oficial de sus países de origen eran nulas. ¿Qué podía saber el campesino siciliano del Dante, del Renacimiento, de la poesía italiana del siglo XIX? ¿Qué conocimiento tenía el campesino de la región de Tatra, de Kochanowski, de Mickiewicz, del humanismo polonés. Pero las emigraciones servían como instrumento de influencia cultural de Europa sobre América, es un grave error. Era el inmigrante quien se americanizaba en América y no quien europeizaba a América.

La americanización era un proceso largo, sumamente difícil, en muchos casos muy doloroso. Sin embargo, fue posible, porque América salía al encuentro del inmigrante, le mostraba valores para él comprensibles y que él mismo buscaba. A veces se le trataba en forma tiránica y se le explotaba. El cambio de la primitiva organización de la vida campesina por la complicada estructura de la ciudad industrial americana, significaba una revolución total en la vida toda del inmigrante. Este era un proceso di-

ficil, pero el inmigrante lograba superarlo en la mayoría de los casos. Tenía su trabajo, el cual no era más duro que el de su aldea natal, y obtenía su salario. Teniendo trabajo y dinero era apreciado, y cuanto mejor le iba tanto más se le estimaba. Se transformaba en ciudadano, cuyo voto era codiciado y detrás del cual corrían los *bosses* de los partidos. Su vida se enriquecía, ganaba en plenitud. Aumentaba su confianza en sí mismo y en sus propias fuerzas. No era raro que se convirtiera en patriota americano, pues América lo atraía, lo acogía y lo asimilaba. En ninguna otra civilización esto hubiera sido posible.

El orgullo de ser *self-made-man*, tan típico en toda América, es muy fuerte entre los inmigrantes. "Aquí tiene usted en lo que me convertí en los Estados Unidos", dice el viejo inmigrante, mostrándome su trabajo. A veces añade: "Esto lo hizo América por mí." Formularlo de ambos modos es justo. En América se convirtió en lo que es, gracias a lo que América hizo por él.

RASGOS DE LA CIVILIZACION AMERICANA

CIVILIZACION DE MASA, NO DE ELITE

Tratamos ahora de resumir, aun sin aspirar a que sean completos, estos elementos esenciales de la vida americana que, como creo, provienen de una civilización plebeya.

En su más hondo sentido, es ésta, ante todo, una civilización democrática, civilización de masas, no de *élite*; lo que, sin embargo, no significa que no se admita el hecho de la existencia de *élites* y que no se reconozca la jefatura de cierta clase de *élite*. Pero la *élite*, para ser reconocida como tal, tiene que ser considerada como parte de la masa, de la cual no puede diferir demasiado, tanto en su modo de pensar como en su estilo de vida; tiene que compartir los valores e ideales de las masas y no puede constituir un círculo cerrado. En una palabra, no puede ser *élite* aristocrática. El americano, para reconocer la autoridad social y la jefatura del mundo de los negocios, reclama que este mundo no sea una casta cerrada y que sus miembros sean los mismos americanos que lo fueron "cualquier Tom, Dick, o Harry".

Se habla mucho del individualismo americano, como uno de los resultados de las avanzadas fronteras. Este individualismo se manifiesta principalmente en el mundo de los negocios, co-

por el nombre se pueden contar entre las escuelas superiores. Estas producen en masa hombres semi-instruidos. También en estos conceptos sobre la producción en serie encuentran su aplicación. Gracias a estos establecimientos los Estados Unidos tienen grandes masas de hombres cuya instrucción, aunque insuficiente y superficial, constituye una cierta educación, y es de esperar que los hijos de estos hombres recibirán en el futuro una educación mejor. En general, el nivel de la educación superior en Estados Unidos es más alto hoy día que hace cincuenta años.

La serie, o masa, constituye entonces el primer rasgo de la civilización americana. El segundo es el *pragmatismo*. Esta es una civilización de acción práctica, sobre todo, en el ramo de la economía.

CIVILIZACIÓN PRAGMATISTA

Históricamente, a la formación de estos rasgos concurren varios factores importantes. Ante todo, la herencia de las avanzadas, ya descrita anteriormente. Además, no estaban desprovistas de importancia las tradiciones traídas de Inglaterra. En el mundo anglosajón, más que en otros medios, predomina la fe en la vida práctica. Existe allí una desconfianza por las teorizaciones, por las generalizaciones a priori, tan gratas a las naciones del continente europeo. El pragmatismo inglés pudo así fácilmente aclimatarse en el suelo americano.

El papel más importante en la formación del pragmatismo americano lo jugó el *puritanismo*. En ninguno de los países en donde imperaba la filosofía *calvinista*, dejó huellas tan profundas, múltiples y específicas, como en los Estados Unidos. Todo un conjunto de características de la vida americana adquiere su sentido al fundamentarlas en la tradición puritana.

Era este un puritanismo distinto al genovés, al escocés o al holandés. Se ajustó a las condiciones americanas, gracias a las cuales adquirió un matiz específico. La doctrina calvinista de la gracia y de la predestinación tomó formas particulares en el ambiente americano y lo condujo a muy específicas conclusiones. El éxito material se empezó a considerar, ya desde el siglo XVIII, como la prueba del estado de gracia. El razonamiento era bastante simple: el hombre sirve a la gloria de Dios; pero a Dios se le alaba por medio de la acción práctica, la cual crea nuevos valores. Por

mo también a veces en esas oleadas de protestas que, de tiempo en tiempo, envuelven a América. Pero también en estas protestas son las masas las que se unen a los individuos. En el conjunto de su vida, el americano es un conformista, como lo es generalmente cada campesino en cada aldea del mundo. *To belong, to join, to live up to the joneses*, son expresiones típicas que muestran el conformismo americano. De aquí la desconfianza por todo lo extraño que no sea reconocido como americano. En el americanismo. Porque el americano fácilmente admitirá al extranjero en cuanto sepa que este extranjero quiere convertirse en su americano. En este sentido la civilización americana, conservando sus rasgos de parroquianismo, no es exclusivista. Al contrario, es dinámica, amplia y acogedora. Pero el americano desconfía de la gente que se asimila difícilmente, así como de todo lo que se sale de sus experiencias americanas. Esto explica la base psicológica del aislacionismo, o sea, la desconfianza del campesino, muy semejante a la que describen Reymont, Hamsun y Maupassant.

Si es verdad que la producción industrial en serie se convirtió en el motor poderoso de la democratización de la vida americana, de otro lado, el carácter demócrata de ésta creó condiciones perfectas para el desarrollo del sistema económico basado en la producción en serie. Esta producción logró llegar tan pronto a adquirir tan grandes proporciones, porque cada ciudadano se sentía con derecho a aprovecharse de sus resultados y cada uno esperaba de ella satisfacer sus necesidades. Al mismo tiempo, los productores no sólo no ahorran ningún esfuerzo para responder a las necesidades, sino que trataban, al mismo tiempo, de crear otras nuevas.

El precio de esto era la monotonía. Pero en una sociedad plebeya, como igualitaria que es, la monotonía no constituye un precio alto. Al contrario, el hecho de que mi casa esté amoblada como la de mis vecinos, que no me distinga de ellos por mi modo de vestir, que esté comiendo lo mismo, que tenga, el mismo carácter, todo esto subraya mi sentimiento de vinculación con ellos. mi pertenencia al amplio mundo de los americanos. En las aristocráticas civilizaciones de élites el hecho de parecerse a los demás se considera como profundamente vulgar y repugnante. La civilización

lización americana encuentra en esta igualdad fuentes de felicidad, de seguridad y de fuerza.

Esto tiene también sus consecuencias prácticas. Si mi casa es igual a la de los demás, es, en cambio, confortable, tiene todo aquello que facilita y ameniza la vida. Me alimento lo mismo que los demás, pero la comida es sabrosa, suficiente (a veces demasiada) y sana. Y todo esto no me exige demasiado esfuerzo económico, no se sale de mi presupuesto.

En el fondo, las diferencias en el estilo de vida americana del hombre acomodado y del hombre de condiciones modestas, no son grandes. Son incomparablemente más pequeñas que en otros países. El hombre rico vive en *Park Avenue* de Nueva York y tiene una casa de campo en *Long Island* o en *Westchester County*. El americano común no puede permitírselo, pero el interior de su apartamento no difiere mucho del apartamento de *Park Avenue*. Hay allí las mismas comodidades, los mismos *gadgets* que facilitan la vida. El hombre rico viaja en Cadillac, el hombre común en Chevrolet. Pero éste tiene también su carro que le da la misma satisfacción y que le presta el mismo servicio. Además, espera que dentro de unos años él podrá también tener un Cadillac. El hombre rico se viste en un almacén elegante, donde todo se confecciona sobre medida. El hombre de medios económicos modestos compra ropa hecha en el *Department Store*. Ambos lucen igual y se necesita ser un conocedor para notar la diferencia; ésta, salvo en el precio, es prácticamente muy pequeña. Existe, sin embargo, una esfera en la cual el precio por la producción en masa es muy alto. Es la esfera de la cultura intelectual; pero este es el precio que quizás tendrán que pagar las generaciones futuras. La sociedad americana de hoy consume de igual manera los *best-sellers* y las películas de *Hollywood*, que los vestidos, carros y neveras. Y se siente muy contenta de este estado de cosas.

En Estados Unidos hay más de mil establecimientos educativos que pertenecen a la categoría de institutos para cientos de miles superiores. Cada año se expiden diplomas para cientos de miles de jóvenes. Algunos de estos establecimientos tienen un nivel excelente. Nadie puede negar que *Harvard*, *Columbia*, *Yale*, *Princeton*, *Chicago*, *California* (Berkeley) y muchos otros, representan un nivel no inferior al de las mejores universidades del Viejo Mundo. Pero la gran mayoría de las otras instituciones sólo

REFLEXIONES AMERICANAS

tanto, cuanto más grande sea la órbita de esta acción, tanto más se acrecienta la gloria de Dios. Los bienes de fortuna permiten al hombre el despliegue de su actividad. Mientras más rico sea el individuo, tanto más múltiple e intensa puede ser su actividad y, en consecuencia, tanto mejor puede servir a la gloria de Dios. Por consiguiente, mientras la fortuna del hombre vaya en aumento, más pruebas tendrá de que Dios le ayuda y de que le cuenta entre sus elegidos, porque los elegidos sirven a Su Gloria. Dios, al proporcionarles la riqueza les está dando, al mismo tiempo, los medios adecuados para servir a Su gloria.

Esta manera de razonar llevó también a más hondas consecuencias el culto del éxito que surgió en el ambiente fronterizo. El éxito material es considerado como manifestación visible de la acción de la gracia; por tanto, quien tiene éxito es porque se halla en estado de gracia; es portador de carisma.

El americano no estima a quien no tenga éxito. Puede tenerle lástima, pero no aprecio. A *successful-man* es el objeto de su admiración. Con amargura habla William James del culto de esta *bitch-goddess Success* entre sus compatriotas.

Es difícil imaginarse que una tal filosofía pudiera ser concebida por la sociedad aristocrática, o por el mundo de los intelectuales. No la aceptó el puritanismo europeo. Sólo pudo surgir y desarrollarse en una sociedad popular o plebeya. Una sociedad como ésta aprecia en todos sus aspectos a los individuos que por sus propias fuerzas llegan a ser alguien. El *Self-made-man* no es un ídolo de la aristocracia, es un ídolo del pueblo. El considerar como elegidos a los ricos sólo pudo arraigarse en el mundo de los nuevos ricos plebeyos.

Notemos que la fortuna por sí sola nunca constituye aquí un valor. Se convierte en valor como medio dinámico de la acción práctica. El hombre joven que vive de su renta, el *play boy* rico, no son los ideales del hombre americano. El hombre, aunque sea muy rico, si no hace nada, no es más que un consumidor, y no es apreciado. Si el hombre rico es estimado, no es por la cifra de los millones que posee, sino por la extensión del campo de acción que resulta de estos millones. Esto se ha hecho muy visible en los últimos tiempos, en que las fortunas se convierten cada vez más de personales en funcionales. El ideal de hoy es el *big executive*, el *manager*, el gran organizador del negocio. Sus

bienes personales tienen muy escasa importancia. Son esenciales las dimensiones de su dominio económico, el tamaño y la actividad de las empresas que gerencia, su posición en el mundo de los negocios. La antigua *heroización* del *businessman* se convirtió en la *heroización* del gerente. Sin embargo, el sentido queda el mismo: como ideal es considerado el hombre de actividad económica, y este ideal se sublima a medida que la acción se acrecienta y se amplía.

ANTI-INTELLECTUALISMO AMERICANO

El culto de la acción práctica, trae otras importantes consecuencias. Una de ellas es el anti-intelectualismo. La civilización popular mira con desconfianza las teorías, el pensamiento abstracto y todo aquello que, según su concepto, no se puede aplicar en la práctica.

Hace más de cincuenta años la Universidad de *Harvard* decidió crear una facultad especial, dedicada a la educación de los *businessman* y a los problemas de la teoría y de la práctica económica. Era la conocida *Harvard School of Business and Business Administration*. El proyecto levantó una cálida oposición precisamente en el mundo de los grandes negocios. Estudios en este campo se consideraban como una cosa sin sentido y peligrosa. *Business* es cuestión de práctica, ¿cómo se los puede aprender en la escuela? *Harvard* quiere introducir al *business* el peligro de la teorización. Los principales jefes de negocio se vanagloriaban de su falta de instrucción. En los primeros años de la existencia de esta escuela, sus discípulos encontraban grandes dificultades para conseguir trabajo. Hoy día la cosa es distinta: el diploma de *Harvard School of Business and Business Administration* abre las puertas a los más altos puestos de la industria, del comercio y de la banca. ¡Y esta excelente escuela no vacila ya en poner ciertas materias teóricas!

El caso de *Harvard School* es muy significativo. El conflicto surgió del temor de que la teorización pudiera hacerle daño a la acción práctica. Todavía hoy el estudiante americano considera las materias teóricas como pérdida de tiempo. La juventud americana busca en los estudios la mejor preparación para la vida práctica. Busca los hechos, la técnica, rechaza las teorías. Al americano no le convencen las teorías. El quiere hechos, sin pensar

que los hechos, si no son analizados con propiedad, conducen a errores. De esto proviene su admiración por la estadística. Como miembro de la civilización en serie su modo de pensar es cuantitativo: estadísticas, cifras es lo que le convence. La orientación del americano es puramente tecnológica. En este campo no tiene competencia; lo mismo el ingeniero que el maestro albañil. Pero el desarrollo de la técnica americana no va unido a aquellos trabajos científicos cuya utilidad no salta a la vista. Sin embargo, como la técnica no puede prescindir de éstos, se ve obligada a recoger los frutos del trabajo de otras naciones. Los Estados Unidos tuvieron la fortuna de que, durante la última guerra, muchos excelentes sabios teóricos llegaron allí. Sin el aporte de éstos, las realizaciones de los ingenieros técnicos americanos hubieran sido mucho menos imponentes.

En las reuniones científicas americanas, se suelen oír expresiones de inquietud motivadas por la negligencia en el campo de los trabajos teóricos. Se advierte que el gran progreso técnico de América puede paralizarse por esta causa; que el desprecio por la teoría puede resultar poco práctico.

Es innegable que estas llamadas no encuentran eco. Sin embargo, frecuentemente se logra hacer penetrar las investigaciones teóricas usando para ello de nombres *prácticos*. La desconfianza del americano por las cosas fuera de uso práctico y, en primer término, por la teoría y la abstracción, pone al trabajo científico grandes obstáculos que no siempre es posible vencer.

La desconfianza por los hombres que se definen como intelectuales, no es menor. En Europa, Asia o América Latina se consideran a sí mismos como intelectuales muchas personas cuyas calificaciones en este sentido son, a veces, bien dudosas. En los Estados Unidos no se definen como tales ni siquiera los hombres que tienen pleno derecho para ello. No estiman como buena esta denominación.

Wilson fue el primero y, hasta ahora, el único auténtico intelectual que haya habitado la Casa Blanca. En sus campañas electorales se le reprochaba el hecho de ser un intelectual. *Franklin Delano Roosevelt* se tomó la libertad de hacer una brecha en la tradición americana, nombrando como sus consejeros a varios intelectuales (el famoso *brain-trust*). Sus adversarios se lo critica-

ron. *Eisenhower* escogió el camino tradicional, se rodeó de los *businessman*.

En la historia de los Estados Unidos no pocas veces se han repetido las corrientes anti-intelectuales. Este carácter tenía, por ejemplo, la famosa *know nothing party*. En nuestros tiempos el *Mc. Carthysmo* ha luchado principalmente contra los intelectuales. El anticomunismo ha sido aquí más bien secundario; ha servido para probar que los intelectuales son comunistas; lo cual convence a los partidarios del senador de *Wisconsin*. El hombre educado es casi siempre sospechoso: no lo es como soy yo o como mi vecino; se inclina hacia las ideas heréticas...

Hay todavía un aspecto importante en esta actitud de enemistad contra el intelectual. En una civilización que mide el éxito en dólares como su valor esencial, el intelectual no puede ocupar un sitio respetable. Desde el punto de vista de las reinantes apreciaciones sociales, el intelectual raras veces es el hombre del éxito. Los resultados que obtiene con su acción son económicamente muy modestos y totalmente desproporcionados con sus pretensiones al prestigio social.

Muy lentamente, y en época más bien reciente, el intelectual americano ha logrado reforzar su prestigio hasta el punto que se le empiezan a perdonar sus fracasos materiales. Y esto debido principalmente a que se ha comenzado a sentir la importancia de algunas investigaciones científicas y tecnológicas para los negocios y para la vida práctica. En todo caso, el prestigio social de los profesores de la Universidad (sobre todo de los humanistas), escritores, artistas (las estrellas del cine pertenecen —claro está— al mundo del éxito), maestros de escuela, es siempre muy pequeño.

Conceptos parecidos encontramos en cada civilización popular. El campesino siempre trata con desconfianza y menosprecio al intelectual. El *folklor* de cada país se burla de los hombres instruidos y de los intelectuales, como de unos individuos poco serios, ridículos, que hablan tonterías. Y cuando el intelectual comienza a ocuparse de cosas prácticas, sólo consigue aumentar su ridiculez, por su incapacidad para hacer aquellas cosas que son tan fáciles para un hombre del pueblo. La ridiculez del intelectual nace del hecho de su inutilidad en la esfera de las experiencias y necesidades de la sociedad popular.

En la sociedad americana los conceptos de este tipo encontraron las condiciones precisas como para que pudieran convertirse en doctrina casi oficial. Sin embargo, en la civilización técnica dichas apreciaciones son inadmisibles. Esta civilización no puede prescindir de hombres instruídos. Aun más —necesita tenerlos en cantidad. Tal aparece la cuestión, al menos mirada objetivamente. No obstante, se considera más necesario al intelectual como especialista, como experto en un campo concreto que como hombre de interés universal, o sea, como humanista. De aquí proviene el que se comience a respetar solamente al especialista, sobre todo, si su especialidad conduce al éxito material. Tradicionalmente se adopta cierta actitud de desconfianza y malevolencia hacia el intelectual como tal, hacia el hombre extraño cuyo goce y cuya finalidad se fundan sólo en el proceso de creación espiritual.

Consecuencia de todo esto es la soledad en que se encuentra el intelectual dentro de la sociedad americana. Le falta el prestigio a que aspira. Le es difícil encontrar un lenguaje que le sea común con el resto de la sociedad. No es, pues, por mera casualidad el que tantos escritores y artistas americanos se establezcan en Europa; que París se haya convertido, desde hace años, en la colonia cultural americana. Tampoco es casualidad el que las filosofías radicales encuentren terreno abonado dentro del intelectualismo americano. El comunismo nunca ha sido en América un movimiento popular. Ha sido un típico fenómeno intelectualista. Desde este punto de vista la acción anti-intelectualista de *Mac Carthy* tiene su fundamento. Entre los intelectuales americanos se ven con frecuencia misántropos, hombres de *emigración interna*, escapistas, estetistas, individuos encerrados en su propio mundo que tratan de evitar contactos más amplios. El alcoholismo y otras narcomanías no constituyen casos aislados. El intelectual americano encuentra grandes dificultades para adaptarse a su propio medio social.

DESCANSO SIN CONTEMPLACION Y SIN DIALOGO

La ideología del éxito personal, junto con la ideología de la acción práctica, crearon un modo específico de ver la función del trabajo y del *descanso*. Las tradiciones puritanas jugaron aquí un papel preponderante. El trabajo es la finalidad de la vida, el ocio

es un pecado. *Sabbat* es el día consagrado a Dios. Sin embargo, una filosofía como ésta, típica de la primitiva América, no pudo mantenerse dentro de la civilización industrial de las grandes ciudades. La vida efectuó cambios en ella. El *descanso* fue reconocido como útil y hasta necesario, cuando se observó que ayudaba a elevar el rendimiento del trabajo. Es necesario, no como un fin, sino como un medio. Gradualmente el americano, manteniendo en su sistema de valores la primacía del trabajo, aceptó la idea del reposo. Hasta llegó a crear grandes industrias, cuya finalidad consiste en servir a quienes descansan. Lógicamente, estas industrias mantienen gran interés en que el americano descanse. La industria automoviliaria, la televisión, la radio, los discos, la industria hotelera, los ferrocarriles, son ejemplos del papel económico que juega el reposo en la economía americana.

El americano de hoy descansa y se divierte. Pero también en estas actividades deja traslucir los rasgos esenciales de su civilización. El descanso americano casi nunca reviste carácter contemplativo. Es siempre inquieto y activo. El americano se monta en su carro y se va. Recorre cientos de miles de kilómetros. En el curso de dos semanas trata de transitar por el mayor número de lugares posibles. Se satisface con el solo movimiento, con alcanzar un máximo de sitios por los cuales pasó y se detuvo un momento. La idea de permanecer algún tiempo en un solo sitio le atrae muy poco.

Con gusto descansa en compañía, en comparsa. Se divierte entonces ruidosamente, de modo infantil, toma mucho y ríe mucho. O bien, al contrario, descansa en la soledad, delante de su aparato televisor. Pero también en este caso lo que le atrae en la pantalla es el movimiento, la acción, la aventura. La televisión, sin embargo, es algo nuevo y es muy difícil de prever los cambios que introducirá en las costumbres americanas. Seguramente que serán muy grandes.

No es este el lugar para hacer una detallada descripción del reposo americano. Con toda su diversidad de formas exteriores y de medios técnicos, la diversión americana no difiere, en el fondo, de la que se observa en todas las sociedades populares. Es un flexión y de conversación juegan un papel mínimo.

América desconoce el esparcimiento de la charla intelectual, del libre y vivo intercambio de pensamiento entre amigos. Este gran descubrimiento de los salones y cafés de la vieja Europa no se conoce ni se ha conocido nunca en los Estados Unidos.

Es cierto que en la América colonial existía algo parecido: en los salones de las casas elegantes se reunían damas y caballeros para conversar. Esta costumbre perduró más tiempo en las plantaciones del Sur, en donde se tenían inteligentes conversaciones. Todavía, a principios del siglo XIX, existían en Nueva York cafés al estilo del continente europeo. Sin embargo, pronto se perdieron las huellas de estas costumbres. Florecieron las *cafeterías* en donde millones de personas comen precipitadamente platos estandarizados, preparados para el consumo de las masas. Los cafés y las tertulias de tipo europeo, suramericano o asiático, son desconocidos en los Estados Unidos. No hay lugar para ellos. Nadie aquí permanecerá sentado horas enteras para leer periódicos o conversar con amigos. Las tentativas de algunos europeos de trasplantar los cafés de tipo europeo al medio americano acaban tristemente.

Tampoco se oye hablar aquí de salones literarios, políticos o artísticos. Evidentemente existe vida social, se recibe a los invitados, se organizan *parties*. Falta, sin embargo, una cosa esencial, la que amenizaba tanto la vida en la vieja y hoy casi moribunda Europa: la charla intelectual.

Esta puede ser la causa de que el diálogo constituye el lado flaco aún en las mejores novelas americanas. El escritor americano no ha pasado por la escuela del exquisito, libre y brillante intercambio de pensamiento entre un pequeño grupo de contertulios. Ni ha podido reproducirlo en la literatura, puesto que no lo ha conocido en la vida.

FE EN EL PROGRESO O CIVILIZACION OPTIMISTA

Los aspectos que hemos tratado hasta ahora, están lejos de reproducir el marco total de la civilización americana. Como todo lo humano, esta civilización está llena de contradicciones y conflictos. Me parece, sin embargo, que los puntos antes tratados son especialmente significativos de esta civilización y que ilustran su carácter popular o plebeyo. Pero existe todavía un aspecto que constituye como una especie de síntesis de las características an-

teriores. Es esta una civilización extremadamente dinámica. Como toda civilización dinámica que puede vanagloriarse de sus éxitos, esta es una civilización que funda su fe en el progreso. Expresándolo de otro modo, es una civilización *optimista*.

Esto no significa que América no haya pasado por épocas de desesperación, de decaimiento, y aún de pánico. No faltan éstos en su historia. Sin embargo, su tono esencial es el *optimismo*, expresado por la fe en el progreso constante.

Es esta una civilización satisfecha de sí misma. Posee aquella confianza en sus propias fuerzas y posibilidades tan característica de las sociedades populares. Una fe que tiene su justificación objetiva: las realizaciones de Norteamérica son realmente sorprendentes. ¿Acaso ha existido en la historia otra nación que haya podido mostrar algo parecido? En el sólo lapso de ciento cincuenta años, la primitiva, colonial y poco poblada América, se convirtió en la potencia de hoy, en el país que, dentro de la esfera de sus realizaciones, marcha a la vanguardia del mundo entero.

En una palabra —América es un gran éxito—. La teología americana ve en esto una prueba de la gracia divina. América es un país elegido por Dios para que le manifieste y le aumente Su gloria. Esta creencia es la razón del mesianismo americano, de la fe en su misión histórica. América cree que como nación tiene que constituir un ejemplo y una inspiración para el resto del mundo. Sin tomar en cuenta este mesianismo, sería difícil entender varias de las actuaciones de los Estados Unidos en el campo internacional, tanto en las cuestiones esenciales como en las de escasa significación.

Hasta ahora este mesianismo ha estado unido al aislacionismo. No existe conflicto entre los dos; al contrario, el uno complementa al otro. Pues este no es un mesianismo beligerante, agresivo, conquistador. El americano cree que su país es el elegido. No cree que otros países pueden ser instrumentos de la gracia. Dios hizo una elección: eligió a América, la cual conserva el mérito de esta distinción. No obstante, el hombre justo y escogido no debe imponer a los otros su felicidad. Esto sería contrario a la misma voluntad de Dios. Pero haciendo uso de su magnanimidad, este hombre debe ayudar a los otros a orientar sus pasos por el camino verdadero, enseñarlo y darle ejemplo. El mesianismo americano en las relaciones mundiales es siempre más predicador y

filantrópico que políticamente agresivo. La generosidad americana, que asume a veces tan amplias proporciones y tan conmovedoras formas, deriva de esa misma fuente.

Dios protege a su elegido y le envía el éxito. Si los éxitos precedentes han sido impresionantes, ¿hay algo, acaso, que permita suponer que los futuros serán menores?

Viene ahora un rasgo que no se encuentra en las tradicionales civilizaciones aldeo-populares. La confianza en las propias fuerzas, pero no en el progreso indefinido. La sociedad popular es estática, desconfía de los cambios y no los busca, no cree en el progreso. No se puede afirmar lo mismo de las sociedades plebeyas. Estas son inquietas y dinámicas. Constantemente acontecen profundos cambios en sus capas sociales. Las gentes de este medio, como salidas del antiguo mundo estático, buscan el progreso personal y lo suelen encontrar en el éxito material.

Es este el mundo de los *parvenus*, el mundo de los *nuevos ricos*. En los individuos de esta clase social, del éxito nace el optimismo y la fe en los futuros éxitos. En una palabra, es el mundo de la fe en el progreso.

La sociedad americana, histórica y económicamente, es la sociedad de los *nuevos ricos*. Lo cual suele razonarse como la fe en las propias fuerzas. Este razonamiento constituye la filosofía del progreso; filosofía que se expresa en el popular adagio *bigger and better*. Lo nuevo tiene que ser mejor, tiene que ser más grande y producirse en mayor cantidad; pero, ante todo, tiene que ser nuevo. El culto al pasado, característica de las viejas sociedades que viven de la tradición, sólo recientemente comenzó a jugar papel importante en Norteamérica, como consecuencia de la consolidación del sentido nacional, de su maduración como nación. Pero la vinculación de ésta con su pasado histórico no es ni contemplativa ni ritual. El pasado se considera como garantía del futuro. En el pasado encuentra la justificación para su fe en el dinamismo y la prueba de que ha sido la patria de elección.

De esta fe en el progreso viven las generaciones americanas. Fe que comunica a los padres la seguridad de que a los hijos les irá mejor, y más aún a los nietos. Esta fe constituye, a veces, una falta de previsión. El americano especula con el futuro; no vacila en hacer inversiones arriesgadas, porque está convencido de que al final le producirán buenos resultados.

La crisis del año 1929 sublevó esta fe y trajo una oleada de pesimismo. La conmoción psíquica no era inferior al choque material. Pero la depresión acabó, y siguieron largos años de bienestar económico, que han durado hasta el día de hoy. El americano volvió a ser optimista.

Sin embargo, esta clase de optimismo tiene sus momentos peligrosos. El americano no duda que el mundo en que vive es el mejor, que América va siempre en todo a la vanguardia y que no puede ocupar otro sitio. De aquí que las noticias que anuncian que algún otro país se adelanta a Norteamérica, sobre todo en cuestiones relacionadas con alguna esfera que considera como particularmente propia, suelen causar consternación, escepticismo e indignación. El americano común está convencido que los Soviets han podido llevar a cabo sus realizaciones en el campo de la bomba atómica y de la aviación, debido solamente al robo de los secretos americanos. ¡Pero, para qué hablar de los Soviets! El americano común recibe con el más grande escepticismo las noticias relacionadas con las conquistas técnicas de países como Inglaterra, Suecia o Suiza. Estima, sin embargo, a Alemania y no le extrañan los descubrimientos de ésta.

Pero la fe ciega en el propio progreso puede llegar a ser muy peligrosa para el progreso mismo. La desconfianza en los otros y la demasiada confianza en sí misma conduce a la rutina y detiene el verdadero progreso. Cierta dosis de pesimismo sería seguramente provechosa para Norteamérica. Pero el pesimismo es un rasgo de las civilizaciones envejecidas y aristocráticas, y América sigue siendo una joven civilización plebeya.

CIVILIZACION ADMIRADA PERO NO ASIMILADA

El intelectual europeo, cuya mentalidad y costumbres se formaron dentro del período de las dos guerras o del inmediatamente anterior a éstas, puede tener gran admiración por la civilización americana, pero no llega a sentirse cómodo en ella.

En los tiempos en que los Estados Unidos constituían la meta de las emigraciones en masa, predominó el mito de que América era una tierra prometida. Era este un mito popular por excelencia, América no atraía al intelectual europeo. Los intelectuales que en ese entonces la visitaban, por lo general hablaban de ella con sarcasmo. Basta citar a *Dickens*, *Sienkiewicz* o *Kipling*.

Aun *Bryce*, este gran observador de América, no disimulaba su desaprobación por muchas de las cosas que encontró en ella. Le chocaba esa atmósfera falta de buena educación y de interés intelectual, contraria a las características preponderantes de su Inglaterra.

El actual ambiente hostil hacia América parece producirse principalmente, si no exclusivamente, en los medios ambientes intelectuales, de los cuales proceden los cargos que le formulan de materialismo y de uniformismo. Si bien la mayoría de estos cargos se fundan en un mal entendimiento, como resultado de una simple falta de conocimiento de los asuntos americanos. Son recriminaciones muy características de hombres fuertemente vinculados a una definida cultura, e incapaces de aceptar una cultura nueva. Dudo mucho que estos cargos puedan de verdad convencer a las masas populares europeas. A lo que aspiran estas masas —según creo— es precisamente a esto que se está cumpliendo en los Estados Unidos.

América es el primer caso en la historia moderna de surgimiento y desarrollo de una civilización plebeya. Que este desarrollo abarque sólo a Estados Unidos, es muy poco probable.

En realidad, esta civilización, aunque en condiciones mucho más difíciles y dolorosas, empieza a elevar su voz en el mundo entero, como consecuencia inevitable de la desintegración de las civilizaciones que nacieron en la era feudal. La humanidad se *plebeyiza*, y este proceso se hace cada vez más acelerado y universal. No importa que se llame democratización, liberación del yugo colonial o de otro modo. En estos casos se habla frecuentemente de *americanización*, de adaptación a métodos americanos, de técnica americana, de formas americanas de ejercer la influencia sobre las masas. Significa que el mundo se transforma de idéntico modo al que, desde hace un siglo, han seguido los Estados Unidos. Pero estos no han hecho sino preparar los moldes, pues el proceso hubiera tenido lugar aún sin su participación.

Es este un hecho esencial en la historia de la cultura del mundo actual. De él surgen nuevos sistemas de valores y nuevos medios de acción, que transforman la literatura y el arte y provocan un cambio en la filosofía.

Estos cambios los sienten más fuertemente los intelectuales de la vieja generación. El intelectual, aunque sea un innovador

extremadamente radical en su orientación política, filosófica, social o religiosa, es un conservador en su estructuración psicológica, puesto que es el heredero de la vieja civilización. Su misión es la de ser continuador de las grandes tradiciones culturales. El intelectual es un producto del pasado y vive en el pasado, aunque sus esfuerzos se dirijan hacia el futuro.

Es debido a esto, sin duda, el que la situación del intelectual de la vieja generación sea hoy tan difícil. No sólo en América: si bien en ésta, su soledad y distanciamiento frente a su civilización tiene que ser particularmente grande.

Me doy así cuenta de que, a pesar de mis años transcurridos en contacto con la vida de los Estados Unidos, no haya llegado a identificarme con su civilización. Me siento aquí solo y extraño. Me sentiría mejor en uno de esos otros países en los cuales se suceden hoy cambios tan profundos? Lo dudo mucho. Yo, al igual que los hombres de mi generación, he nacido para ello en una época impropicia, como impropicio es el tiempo en que ha nacido y madurado cada generación de intelectuales a los cuales les fue dado vivir en época de grandes revoluciones culturales. Así tuvo que sentirse *Boecio* cuando escribía su *De Consolatione*.

Considero, sin embargo, que esta civilización —aunque extraña para mí— es grande y plena de auge. Quizás a ella le debo esta dosis de optimismo que me hace pensar que dicha civilización está llamada a crear grandes valores destinados a enriquecer la herencia cultural del hombre. Esto no lo será ni muy pronto ni muy fácil, pero la historia también nos enseña a tener paciencia. Cerca de mil años transcurrieron antes de que se pudiera constatar que *Boecio* no vivió en vano.

●

“Hoy, después de tantos siglos de civilización, por haber sido siglos de religión, no es que se necesite ya descubrir por primera vez a Dios, sino que más bien es urgente sentirlo como Padre, reverenciarlo como Legislador, temerlo como Redentor de los hombres, y se plieguen a los suaves impulsos del Espíritu, fecundo Santificador de las almas.”

(PIO XII: Discurso ante la Pontificia Academia de Ciencias, 23 de noviembre de 1951.)